

CLAUDIO RODRÍGUEZ

de *Don de la ebriedad a Conjuros*





CLAUDIO RODRÍGUEZ
de *Don de la ebriedad a Conjuros*

Claudio Rodríguez

SEMINARIO PERMANENTE

EDITA Y TEXTOS:

Seminario Permanente
Claudio Rodríguez

MAQUETACIÓN:

Javier Izquierdo

IMPRIME:

Digital MYNT

DEPÓSITO LEGAL:
ZA 148-2025

PRÉSTAMOS DOCUMENTACIÓN:

- Antonio Pedrero Yéboles.
- Tomás Crespo Rivera.
- Archivo de José Olivio Jiménez y Dionisio Cañas. Ayuntamiento de Tomelloso (Ciudad Real).
- Archivo Histórico Provincial de Zamora.
- Archivo del Ministerio del Interior (Madrid).
- Archivo Histórico Provincial de Salamanca.
- Biblioteca Pública del Estado en Zamora.
- Biblioteca Universitaria de Santiago de Compostela.
- Biblioteca Nacional (Madrid).
- Biblioteca de Castilla y León (Valladolid).
- Diputación Provincial de Zamora. Archivo.
- Fundación Jorge Guillén (Valladolid).
- Fundación Caballero Bonald (Jerez de la Frontera).

© DE LAS FOTOGRAFÍAS,
sus autores y propietarios.

© DE LOS TEXTOS,
sus autores.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o
parcial sin la debida autorización.

CLAUDIO RODRÍGUEZ

de *Don de la ebriedad a Conjuros*

Entre 1947 y 1964, Claudio Rodríguez transita el camino que va de la adolescencia a la juventud y, finalmente, a la madurez. Cuatro ciudades delimitan cada espacio emocional de ese crecimiento: Zamora, Madrid, Nottingham y Cambridge. Justo entre ellas, revelando la crisis provocada por cada cambio, dos libros que evidencian el final de una etapa y el inicio de otra en los años decisivos en la vida del hombre, antes que del poeta, sus años de formación.



... Dejadme / donde ahora estoy, en el crucero hermoso / de juventud..."

"Incidente en los Jerónimos"

Conjuros



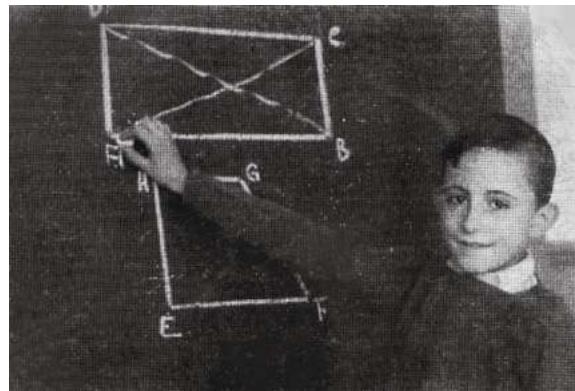
I

ADOLESCENCIA Zamora (1947-1951)

A los 13 años, en 1947, la muerte del padre clausura trágicamente la infancia de Claudio Rodríguez y precipita su entrada a la adolescencia. La ciudad tiene para él cuatro esquinas: la ausencia de la figura paterna, que fragua en él un sentimiento de orfandad que lo marcará para siempre; la biblioteca legada, que comienza a despertar su curiosidad por los versos franceses; los profesores del instituto, quienes lo reafirman en sus primeras elecciones; y la finca de su abuela, próxima a la estación de ferrocarril, que le acerca a las labores agrícolas y al ritmo de la naturaleza. El distanciamiento con su madre y las tensiones domésticas de la adolescencia intensifican el deseo de huida al campo abierto, donde llegará a pasar noches al raso, y de refugio en la amistad, el conocimiento y la poesía.

Entre 1948 y 1950 Claudio Rodríguez compone sus primeros poemas, que él llama “ejercicios para piano”. Dos de ellos, los más antiguos, “Nana al niño Jesús”(1948) y “Colegial” (marzo de 1949) han permanecido inéditos hasta el momento, mientras que “Nana de la Virgen María” y “A los Reyes Magos” fueron publicados en el periódico local *El Correo de Zamora* en las navidades de 1949 y 1950, respectivamente.

Se trata, en general, de composiciones religiosas de circunstancias que permiten practicar aspectos rítmicos. Especialmente interesante es el titulado “A los Reyes Magos”, por presentar una métrica que ya revela un conocimiento en profundidad de la poesía francesa leída en la biblioteca paterna. Tratará, curiosamente el mismo tema en su último libro *Casi una leyenda*, en el poema “Un brindis por el seis de enero”, donde recogerá, transformándolo, el último verso.



Su temprana facilidad para el aprendizaje del francés le permite leer en la biblioteca paterna a Rimbaud, Baudelaire, Verlaine y Valéry en su lengua original, además de los místicos españoles y los clásicos latinos. Sus primeras lecturas filosóficas son propiciadas por el interés creciente que en el instituto empieza a experimentar por la filosofía. Si le une a los místicos la actitud contemplativa, compartirá con Rimbaud la pronta madurez poética. La influencia de Plotino ha sido señalada como decisiva en el pensamiento poético de Claudio Rodríguez, ya desde *Don de la ebriedad*, mientras que Hegel y Goethe perfilan ya su concepción de la escritura poética.

Claudio Rodríguez, que entonces vestía de negro su extrema delgadez, tenía ganado renombre entre los estudiantes del Claudio Moyano por su extraordinario expediente académico y, sobre todo, por ocupar el puesto de interior izquierda del equipo de fútbol escolar. Sus estudios de latín y francés en el bachillerato, reforzados por su profesor particular, le permiten profundizar en la métrica castellana para descubrir lo que llamaba “el ritmo del espíritu”.

Dos catedráticos le marcan profundamente por su magisterio académico y moral: D. Ramón Luelmo, quien le enseña a cincelar métricamente el lenguaje, y D. José María Gómez López, quien le abre los ojos a las lecturas filosóficas que influirán en su pensamiento poético. Desconocía entonces que su profesor de francés en el bachillerato, D. Gonzalo Suárez Gómez, era el

padre del que será su compañero inseparable en los primeros años de estudiante en Madrid: el cineasta y escritor Gonzalo Suárez.

De 1950 data una serie de poemas iniciales que deberían haber visto la luz en la fallida segunda entrega de la antología *Líricos zamoranos de hoy*, preparada por José Enríquez de la Rúa, en cuya casa se reunían ese año con los entonces poetas adolescentes Salvador García, Jesús Hernández Pascual y Miguel Gamazo, quien recogió de la imprenta ya en 1951 los poemas de Claudio Rodríguez. Se trata de poemas ya próximos al tono de *Don de la ebriedad* o con alguna resonancia en ese primer y deslumbrante libro.



MANANTIAL

Para Miguel Gamazo



¿Y tan dolido vas que va sin queja
tu fluir, en silencio
contando aquellas tardes sin la nieve
derretida en enero?

Nunca aciertas. Esperas
otra boca: la suya, con el beso
de lo que no se duerme
y se da entre los pinos sobre el tiempo...

Y ese vago peligro de tu cauce
te va haciendo los juegos,
las palabras que callas, la fatiga
de callarlas sabiendo.

Pasar y no pasar y estar en la hora
más oculta del miedo,
como la sed, sin que la yerba misma
te encuentre en sus acechos.

Y allí, manando hacia la anchura de algo
que empieza a ser tu sueño
inventarte una vida con relentes,
con sol, con aleteos...

(Pero no aciertas nunca. Vas guardando
los más viejos secretos
de la tierra: los que abrieron más ansias,
manantial, tu silencio...)

II

DON DE LA EBRIEDAD

Zamora - Madrid (1951-1953)

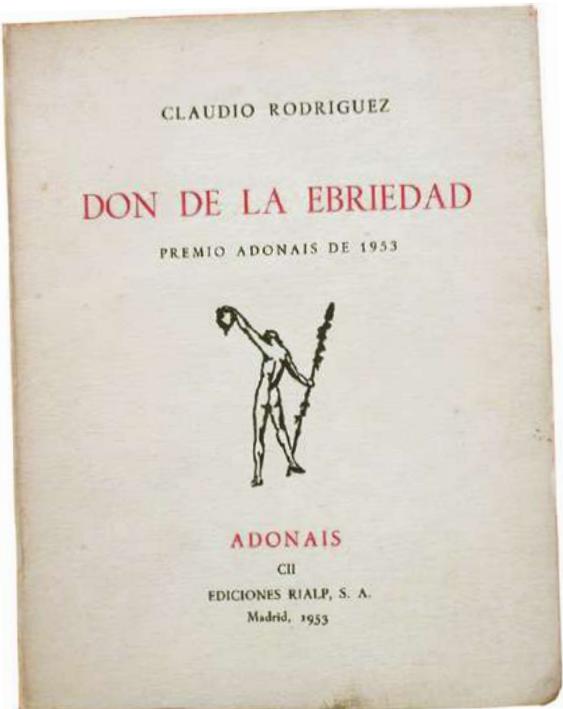
"Así el deseo, como el alba, clara"

Don de la ebriedad. Libro Primero IV

Don de la ebriedad, largo poema de la luz y el entusiasmo echa a andar en Zamora, en 1951, con los pasos de un joven de 17 años que se encamina para tomar distancia, alejándose de la tensión que se respiraba en su casa desde la muerte de su padre. Esa búsqueda de refugio en los largos paseos que daba por el campo zamorano dio origen a los primeros poemas del libro, compuestos como el propio poeta confesó de gran parte de su obra, caminando. Una experiencia de la naturaleza distinta a la vivida en su infancia en la finca de su abuela muy cerca de la estación del ferrocarril, a la que acudía continuamente desde los cinco años, y donde el niño ya había encontrado en contacto con las labores del campo y el sentido temporal de las cosechas, referencias constantes en *Don de la ebriedad*. “Dos datos suficientes para orientar al lector. Poesía — adolescencia— como un don y ebriedad, como un estado de entusiasmo. [...] Mis primeros poemas brotaron del contacto directo, vivido, recorrido, con la realidad de mi tierra, con la geografía y con el pulso de la gente castellana, zamorana”.

Y solo, con todo ese bagaje, se pone a andar, a perderse andando tras cada revelación. “Escribí casi todo el libro caminando. Me lo sabía de memoria y lo iba repitiendo, corrigiendo, modificando, cuando andaba por el campo”. Escribiendo en su memoria, el endecasílabo de sus pasos le está llevando ya hacia la juventud.

En otoño de 1951, ya iniciado *Don de la ebriedad*, Claudio Rodríguez abandona Zamora para cursar con una beca Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, aunque pronto deja esta especialidad y se decanta por la Filología Románica. Entre sus profesores, destacan: Dámaso Alonso, Rafael Lapesa y Carlos Bousoño. Paralelamente a la carrera de Filología en Madrid, hace dos cursos de Derecho en la Universidad de Salamanca para tranquilizar a su madre. El libro sigue creciendo entre Madrid y sus visitas a Zamora durante las vacaciones de navidad, semana santa y verano de 1952, donde se reencuentra con sus amigos: Antonio Pedrero, Tomás Crespo, Alberto de la Torre, Luis Quico, Ramón Abrantes...



IV

Así el deseo. Como el alba, clara
que la viene, y cuando se detiene,
tocando con sus luces lo que se pone,
recién nacida, amigas, amistades, amores.
Después altre ruindos palomares,
y ya es un día más. Oh, las rehenes
palomas de la noche contenidas
en un pulso altísimo! Y siempre
como el deseo, como mi deseo.
Y este surrir entre las nubes, verde
sin espacio espacio, deslumbrante.
No es la eternidad, está en el mundo, está el
pensamiento, ^{pero}
necesita vivir entre las cosas.
Ser aquél en los cerros, y de su verde
protección en los valles. Ante todo,
como en la vaina el fruto, permanece
calentando, en albor encantados
para después manifestarlo, en breves
luces hechas, y traidoras. Mañana quedará
limpio sin una brisa que lo avivare,
limpio de esa cada vez más mala,
esta vez menor vestida, hasta que llegue
hora fina de mi vida, y mi fuerza
corroborada como el sol ~~desciende~~ ^{asciende}

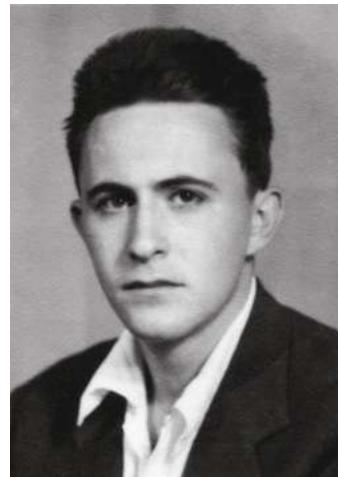


Una primera versión aún incompleta del libro es presentada al profesor, poeta y amigo desde entonces Carlos Bousoño. Los acontecimientos se precipitan al empezar la primavera de 1953. Claudio ha rematado el "Canto del caminar". El poeta animado y recomendado por amigos comunes, ha hecho llegar en marzo una primera entrega ya completa del largo poema dividido en cantos a Vicente Aleixandre, a quien aún no conoce personalmente. Animado por la acogida entusiasta del manuscrito, decide presentarlo al premio Adonáis que la editorial Rialp convoca el 1 de julio de 1953.

El 29 de noviembre, el propio José Luis Cano informa por telegrama a Claudio Rodríguez de la concesión del Premio Adonáis, que se hace pública el 6 de diciembre en el diario ABC. El premio constituye la más alta recompensa con carácter anual a los poe-

tas jóvenes de España. Componen el jurado: Gerardo Diego, Florentino López Embid, Luis Felipe Vivanco, José Hierro y José Luis Cano. Por primera vez se concede por unanimidad. El premio no tiene dotación económica. Al ganador se le edita el libro y se le hace entrega de cien ejemplares.

Uno de los poemas, el canto IX del libro primero, ha sido anticipado como primicia en el número de diciembre de la histórica revista *Insula*. *Don de la ebriedad* entra en la imprenta, dedicado a su madre, de forma inmediata y se termina de imprimir el último día del año, según reza el colofón. Se tiran 1.000 ejemplares en rústica, más 120 ejemplares en papel especial. Sale a la calle en enero de 1954 con un precio de 12 pesetas.



Las primeras reseñas no se hacen esperar. Apenas un mes después de su publicación, aparece en la revista *Alcalá*, firmada por su amigo zamorano Miguel Gamazo, quien ha podido ir conociendo el crecimiento del libro. Los ecos del libro siguen resonando en los años siguientes y es ya un clásico finalizado la década de los cincuenta.



En 1959, uno de los poetas señeros de su generación, Jaime Gil de Biedma, sitúa ya *Don de la ebriedad* a cien leguas de cuanto en aquel momento se hacía o se intentaba hacer en la poesía española. El paso del tiempo y la extraordinaria singularidad del libro acrecientan su interés en las décadas siguientes, hasta convertirse en referencia ineludible al hablar de la literatura española contemporánea.

III JUVENTUD Madrid (1951-1958)

En Madrid se alojará en diversas pensiones y seis meses en el Colegio Mayor José Antonio, con media beca. Son meses de ida y vuelta en los que no pierde el contacto con sus compañeros y amigos zamoranos. Periódicamente, va dando noticia por carta a su amigo Miguel Gamazo, estudiante en Salamanca, del avance del libro que iba creciendo firme, seguro, como una iluminación.

En esta vida de pensionado, Claudio encuentra un Madrid muy próximo al que describe Camilo José Cela en *La colmena*, un Madrid de escasez económica, donde el poeta se pasa días enteros en la Biblioteca Nacional. En su primer año de estudiante forja nuevas amistades duraderas: Ángel Tarín Ibáñez, compañero de pensión y avatares de estudiante, con quien comparte habitación en la calle Cardenal Cisneros. Las páginas del manuscrito de *Don de la ebriedad* se iban amontonando en el alféizar de la ventana y, cuando se volaban, ponían un botijo encima. Claudio le regaló a Tarín el manuscrito, hoy desaparecido, según le confesará el poeta a su amiga y editora Cristina Vizcaíno años más tarde.

También el cineasta y escritor Gonzalo Suárez, cuyo padre había sido profesor de francés en Zamora, quien recuerda en su libro de memorias, *La musa intrusa*, aquellos primeros meses de Claudio en Madrid, tras conocerse en la Facultad el primer curso: "Claudio, por su parte, poseía el don de la ebriedad. La luz detenía el instante y la claridad venía del cielo. A los 17 años Claudio tenía una madurez que todavía no tengo. Ni tendré. Vagabundeábamos sin cesar por los pasillos, el bar y los alrededores de la Facultad de Letras. O más allá. En interminables paseos hasta la calle Ibiza, donde yo vivía. En uno de los pisos de abajo vivían los Panero. Sobre la mesa del comedor de casa, Claudio y yo jugábamos al futbol con una modalidad de mi invención en la que cada jugador, tallado en corcho o madera, adquiría formas diferentes y distinta manera de jugar. En los años cincuenta no dejaba de ser sintomático que Claudio me comparaba con Rimbaud, cuando Rimbaud era él, mientras que el aire de la sierra circulaba por el paseo de la Castellana y el don de la ebriedad que Claudio traía de su Zamora natal encontraba la claridad del cielo madrileño".

Clara Miranda, siempre agua clara

El descubrimiento del amor en el invierno de 1953 servirá para dar a *Don de la ebriedad* su último impulso. El poeta escribe y dedica a su eterna compañera, Clara Miranda, a quien acaba de conocer en una excursión universitaria a Granada, el canto II del Libro tercero (“Sigue marzo”).

Clara Miranda Molina, mujer clave y esencial del poeta, nació en Madrid en 1933. Fue la mayor de siete hermanos y tuvo una infancia feliz. Su padre, José Miranda (Oviedo), de familia ilustrada con ideas liberales y progresistas, estudió en la Institución Libre de Enseñanza. Seguidor de las propuestas de Giner de los Ríos, mantuvo vínculos con la Residencia de Estudiantes y con las ideas regeneracionistas de aquel proyecto. Bajo el influjo de su padre, se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras donde se graduó en la rama de Historia de América.



En esos años de universidad Clara entra de la mano de Claudio en los círculos literarios e intelectuales, donde conoce a grandes personalidades, ya consagradas o que lo serían con el tiempo, y que la acogen con enorme cariño y respeto, siempre correspondidos. A partir de entonces, pasan juntos todos los veranos con la familia de Clara en Zarauz. A su regreso de Inglaterra, Clara comienza a trabajar como bibliotecaria en el Instituto Internacional. Será siempre recordada como la compañera de vida de Claudio Rodríguez.





(Sigue marzo)

Para Clara Miranda



Todo es nuevo quizá para nosotros.
El sol claro luciente, el sol de puesta,
muere; el que sale es más brillante y alto
cada vez, es distinto, es otra nueva
forma de luz, de creación sentida.
Así cada mañana es la primera.
Para que la vivamos tú y yo solos,
nada es igual y se repite. Aquella
curva de almendros florecidos suave,
¿tenía flor ayer? El ave aquella
¿no vuela acaso en más abiertos círculos?
Después de haber nevado el cielo encuentra
resplandores que antes eran nubes.
Todo es nuevo quizá. Si no lo fuera,
sí en medio de esta hora las imágenes
cobraran vida en otras, y con ellas
los recuerdos de un día ya pasado
volvieran ocultando el de hoy, volvieran
aclarándolo, sí, pero ocultando
su claridad naciente, ¿qué sorpresa
le daría a mi ser, qué devaneo,
qué nueva luz o que labores nuevas?
Agua de río, agua de mar, estrella
fija o errante, estrella en el reposo
nocturno. Qué verdad, qué limpia escena
la del amor, que nunca ve en las cosas
la triste realidad de su apariencia.
manantial, tu silencio...)

Encuentros entre la Poesía y la Universidad (1953-1954) y congreso Universitario de escritores jóvenes (1954-1955)

En 1953, empiezan a movilizarse distintos grupos en la Universidad. Según el profesor Manuel Aznar Soler: “Enrique Múgica, que llega a Madrid en 1953 para cursar 4º curso de Derecho, fue el estratega de las actividades y hechos ocurridos en la Universidad de Madrid en 1953-1956. Se utilizará la poesía como marco cultural para organizar unos “Encuentros entre la Poesía y la Universidad” con el fin de llevar a las aulas a poetas de la generación del 36 cercanos a los vencedores: Luis Felipe Vivan-
co, Leopoldo Panero, Luis Rosales y otros de poesía social para propiciar colo-
quios críticos con los estu-
diante”.

Gracias al apoyo de Dionisio Ridruejo, se consigue la aprobación de Pedro Laín Entralgo, Rector de la Universidad Central de Madrid, puenteando al SEU. El primer poeta que interviene en los Encuen-
tros fue Gerardo Diego, seguido de Luis Felipe Vi-
vanco, Dionisio Ridruejo, José Hierro, Jesús López

Pacheco, Leopoldo Panero, Eugenio de Nora... Carlos Semprún comenta que Múgica le presenta a varios estudiantes dispuestos a colaborar en los primeros comités del PCE en la universidad: Julián Marcos, Jesús López Pacheco, Julio Diamante, Ja-
vier Muguerza, Claudio Rodríguez, Fernando Sán-
chez Dragó...”. Claudio mantuvo una breve relación con el Partido Comunista: “El único individuo que fue miembro del Partido Comunista durante 20 minutos, fui yo”.



En junio de 1954, con el visto bueno de su Rector, Pedro Laín Entralgo, desde a Universidad Central, lanzan una convocatoria titulada “Hacia un Congreso Universitario de Escritores Jóvenes”. El Congreso funciona bajo la dirección de una comisión ejecutiva integrada por Jaime Ferrán, Enrique Múgica, Gabriel Elorriaga, Julio Diamante, Claudio Rodríguez, Pilar Paz y Gonzalo Sáez de Buruaga. Editan tres *Boletines* en 1955. Carlos Bousoño y Claudio Rodríguez organizan el acto “Antonio Machado y la juventud” en la Facultad de Derecho el 4 de mayo de 1955. Muere José Ortega y Gasset y se publica su esquela en el *Boletín 3* del Congreso. Los estudiantes organizan un homenaje y manifestaciones multitudinarias y el gobierno prohíbe la celebración del Congreso.



El poeta José Manuel Caballero Bonald, recuerda en el monográfico de la revista *Campo de Agramante* (2011), dedicado a Claudio Rodríguez: “Un día circuló por la Facultad una noticia alarmante. La noche anterior (2 de febrero de 1956), cuando Claudio Rodríguez se encontraba en la madrileña zona de Cuatro Caminos, se le acercaron dos individuos, le obligaron a entrar en un portal y le golpearon de mala manera”.

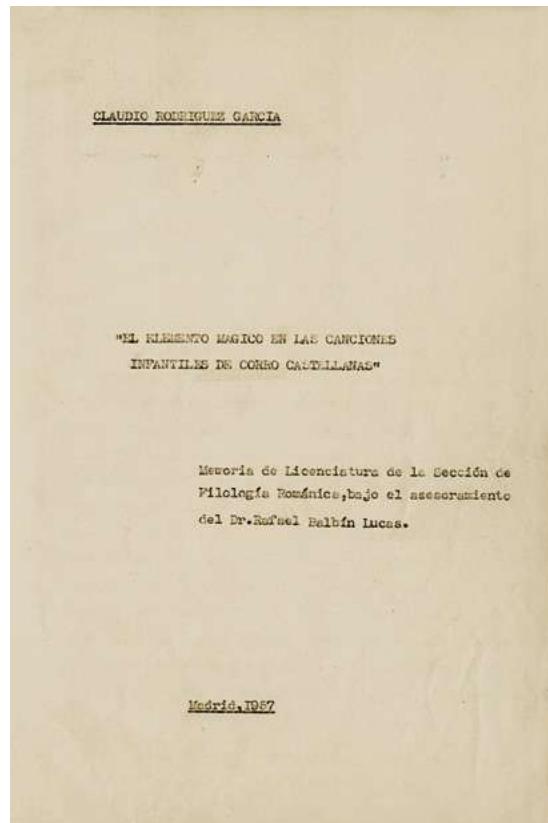
Al parecer, eran dos expertos en escarmientar a todos aquellos que estaban comprometidos con la lucha estudiantil antifranquista”. Claudio comen-

tará al periodista zamorano Jesús Hernández: “Me golpearon brutalmente; no lo sé con exactitud, pero quizás esa paliza me salvó de otras cuestiones mayores como la cárcel. [...] Mi madre pensó que iban a fusilarme”. Después de este suceso, Claudio regresa a Zamora, vigilado durante algún tiempo por la policía.

El elemento mágico de las canciones infantiles de corro castellanas (1957)

En 1957, Claudio Rodríguez escribe la que será su Memoria de Licenciatura, *El elemento mágico en las canciones infantiles de corro castellanas*. Este trabajo fue presentado como culminación de sus estudios de Filología Románica en la Universidad Central de Madrid y dirigida por el profesor de métrica Rafael de Balbín Lucas. Es un ensayo fundacional en varios sentidos, tanto desde el punto de vista creativo como crítico. En primer lugar, nos acerca a uno de los temas esenciales de su poesía: la infancia.

Todo esto se relaciona con la radical importancia que el poeta siempre ha concedido al influjo de la canción tradicional, popular, como sustrato de su poesía. Tan determinante es en ella la canción popular infantil que Claudio Rodríguez, antes de decidir escribir su discurso de ingreso en la RAE sobre la poesía de Miguel Hernández, pensó en un posible ensayo sobre la influencia de la canción popular infantil en la poesía contemporánea.



IV CONJUROS (1958)

Los años de escritura de este segundo libro de poemas representan para Claudio Rodríguez el final de la inocencia, la llegada de la madurez y el desengaño que trae la vida adulta. Además de los excelentes comentarios de Vicente Aleixandre sobre el libro, en 1958 Carlos Bousoño, en la carta de recomendación que escribe para su publicación, señala: "sólo por ese primer libro, *Don de la ebriedad*, Claudio es un poeta extraordinario con una originalidad expresiva asombrosa, y un don del lenguaje como sería difícil encontrar entre los poetas no sólo de su edad, sino algo más arriba".

El cambio de circunstancias tanto humanas como geográficas en su vida, traerán cambios en la modulación poética y en su propia manera de escribir. Los poemas de este tiempo, escritos entre Madrid y Zamora, y pensados entre las nuevas vivencias y recuerdos, tomarán un nuevo aliento, pues desde la memoria volverá a pasear las calles de su infancia y adolescencia, y sus andanzas por los campos y tierras tan añoradas como sentidas.

En *Conjuros*, aparecerá un tono más meditativo y una nueva preocupación moral y humana, siempre unida a la conciencia del paso del tiempo y la consciente fugacidad de todo lo que le rodea. Los poe-

mas de *Don de la ebriedad* se complementarán con esta nueva mirada en la que las dudas sobre todo lo vivido, amado y sufrido en este tiempo le lleva a la necesidad de trascenderlo todo, de salvarlo, de salvarnos y salvarse. Así, escribe: "Entonces estaba en una fase de mi poesía y de mi vida en la que me atraía la exclamación, la exaltación [...] Es el acto de exclamar, pedir, suplicar a voces, no a susurros. Es un libro escrito como un conjuro exclamativo". Una de las claves esenciales de este libro, según el crítico José Luis Cano está en que: "es un libro de amor: es un alma enamorada la que allí dialoga con cosas y seres, y expresa su asombro y su gozo en frecuentes vocativos, que encienden y alzan cada poema a un clima de fervor". Poemas exclamativos para recuperar aquel estado de ebriedad, aquella unión perdida con los elementos de la naturaleza (agua, fuego, tierra, aire), así, escribirá: "mi conjuro es el del aire".

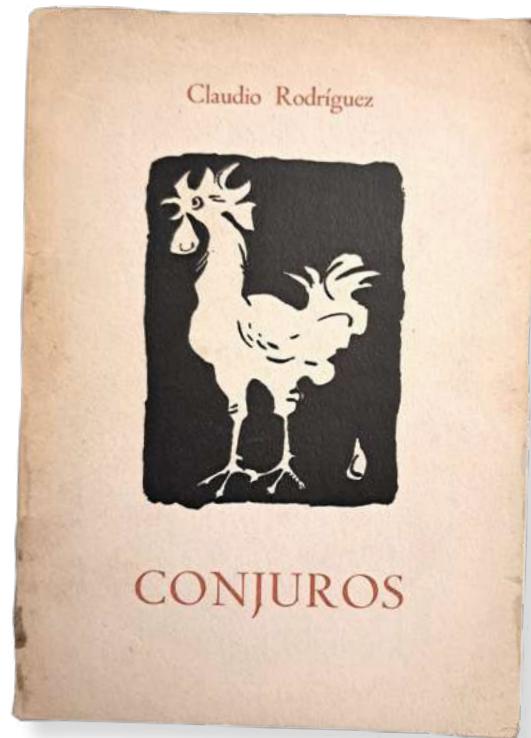
En su estructura, formada por cuatro secciones, la unicidad y singularidad de cada una de ellas no está reñida con la forma en que se trama todo el conjunto, sin olvidar cómo la cercanía inicial, necesaria y reveladora con *Don de la ebriedad*, se va abriendo y dejando claro poco a poco qué es actual y qué es recuerdo o nostalgia, recuperación o pér-

dida. Nuevo modo de mirar, en el que será crucial la presencia de la infancia, sustentada por dos de los conceptos necesarios y vigentes siempre en la poesía de Claudio Rodríguez: el amor y la alegría. Presencias que conforman una arquitectura en la que en el primer y el tercer movimiento aparecen motivos propios de *Don de la ebriedad*, mientras que en el segundo y el cuarto se anuncian motivos que formarán parte de su siguiente libro *Alianza y condena* (1965).

“Con *Conjuros* —escribe Dionisio Cañas— entra en la vida y la obra del poeta la insatisfacción, otra forma diferente de esclarecer el mundo y de conocerse a sí mismo. El descubrimiento por elconjuro, de que es tanto en el bien como en el mal, en la luz como en la sombra que el hombre es el mismo, provoca en Claudio Rodríguez una crisis vital y poética”.

Modo de ver que se complementa con una forma de escribir donde aparecen dos planos o niveles de significación, un plano real, singular y cotidiano y un plano simbólico universal y trascendente. Cambios también visibles en las variaciones temáticas, de estilo y en la propia hechura de los poemas que se amplía desde el endecasílabo del primer libro a la inclusión de heptasílabos, alejandrinos y otros de la familia métrica impar, reunidos la mayor parte de las veces en forma de silvas, donde el ritmo más bien lento se ajusta perfectamente al carácter contemplativo presente en buena parte del libro.

Con todo ello, no es de extrañar que el propio Vicente Aleixandre, a quien está dedicado *Conjuros*, escriba: “es magnífico y tiene un brío y una potencia de creación que denuncia lo que tú vas a ser. Lo he vuelto a leer y lo veo rotundo y reconocible. Lo siento como un libro poderosamente personal”.



ALTO JORNAL

Dichoso el que un buen día sale humilde
y se va por la calle, como tantos
días más de su vida, y no lo espera
y, de pronto, ¿qué es esto?, mira a lo alto
y ve, pone el oído al mundo y oye,
anda, y siente subirle entre los pasos
el amor de la tierra, y sigue, y abre
su taller verdadero, y en sus manos
brilla limpio su oficio, y nos lo entrega
de corazón porque ama, y va al trabajo
temblando como un niño que comulga
mas sin caber en el pellejo, y cuando
se ha dado cuenta al fin de lo sencillo
que ha sido todo, ya el jornal ganado,
vuelve a su casa alegre y siente que alguien
empuña su aldabón, y no es en vano.

Conjuros



V

MADUREZ

Nottingham y Cambridge (1958-1964)

Debido a la situación problemática a causa de las revueltas estudiantiles en Madrid, el círculo de amigos de Claudio Rodríguez: Vicente Aleixandre, Carlos Bousoño, José Luis Cano y su profesor Rafael Lapesa, consiguen que Claudio Rodríguez pueda trabajar como lector de español en las universidades de Nottingham (1958-1960) y de Cambridge (1960-1964).

Clara y Claudio se casan en julio de 1959, y su luna de miel coincidirá con la vuelta a Nottingham. Para celebrar su matrimonio se demorarán unos días en Alfriston, al sur del país, a unos pocos kilómetros de la costa de Sussex donde el mar, cobrará una fuerza especial recordado después en el poema “The nest of lovers” del libro *Casi una leyenda* (1991).

Los tres años siguientes, hasta 1964 trabajará en la Universidad de Cambridge. Clara siempre dijo que esos fueron los mejores años de su vida. En los veranos volvían a España y se producía el reencuentro con su familia en Zarauz, lugar que sedujo a Claudio y a donde acudieron todos los años hasta su fallecimiento: “Sabe que, en cada flujo, en cada ola hay un impulso mío hacia ti...”.





Fue una etapa decisiva para Claudio, en la que profundizó en la poesía inglesa (Eliot, Dylan Thomas, Wordsworth...). “Inglaterra me ha dejado alguna influencia. Todo lo conocido hermoso, deja rastro. Me ha dejado el recuerdo de desear mi patria cuando estaba fuera de ella. Me ha dejado, en una palabra, conocimiento”. El poeta Francisco Brines que compartió con ellos su estancia en este país dirá: “Mi verdadera casa en Inglaterra, aquel año, fue la de Claudio y Clara”, y sobre el poeta zamorano añadirá que lee y admira los poemas que escribe y sus diferentes y cuantiosas versiones guardadas como diversas posibilidades de su crecimiento. El propio Claudio llegará a escribir: “Sé que ahora / no me reconocerían ni en casa.”



Nuevos poemas (1958-1964)

Durante su estancia en Inglaterra, superada la crisis —el poema "Cáscaras" refleja su desasosiego—, la lectura de los poetas ingleses y americanos (T.S. Eliot y Dylan Thomas) contribuye a que el poeta alcance una etapa de madurez y conocimiento. Empieza a enviar los primeros poemas de *Alianza y condena* a Aleixandre a partir de 1959: "Oda a la niñez", "Lluvia", "Un olor", "Me madura y me alza", "El maldito", "Brujas al mediodía". Las cartas de Aleixandre a Claudio son testimonio de la excelencia literaria alcanzada. Vicente Aleixandre reconoce en sus cartas de estos años el gran aprendizaje de Claudio en Inglaterra. Esto es recogido por Dionisio Cañas quien escribe: "El poeta que vuelve a España en 1964 es otro y el mismo Claudio Rodríguez. Otro en el sentido que su conocimiento poético y vital se ha enriquecido con la experiencia de los años ingleses".

José Ángel Valente, que lee los últimos poemas de Claudio —ambos se envían y comentan sus poemas escritos por ambos— le manifiesta a Claudio: "Otra alegría grande fue la de conocer mejor los poemas del libro en que trabajas (¿ha salido título ya?). Creo que con ellos vas entrando con paso enormemente seguro en una zona donde nadie, sino solo tú mismo, podrá seguirte en tu madurez de escritor. Cuantos de tus poemas descubren realmente zonas vivas de emoción humana. Entonces comprende uno a fondo que la palabra poética es

un acto de apoderamiento de la realidad. Una experiencia fascinante, terrible a veces, de soledad solidaria, a la que ni remotamente pueden acercarse el mimético o el segundón".

En febrero de 1964, Claudio le manifiesta una gran tristeza por abandonar Inglaterra: "He dejado aquí mucha vida, estoy seguro de que siempre recordaré estos años con cercanía y mucho cariño. En realidad, nos vamos un poco aventuradamente." Una de las incertidumbres de su regreso consiste en: "no saber "que será de nosotros en España, a ver si tenemos suerte". A su regreso a Madrid da clases en la Universidad Autónoma, en el Instituto Internacional y, posteriormente, en la Universidad Complutense.



Vicente Aleixandre. Casa Velintonia (Madrid)

A raíz de la publicación de *Don de la ebriedad*, Claudio Rodríguez inicia una intensa relación de amistad con Vicente Aleixandre (a quien Claudio se refería como «mi padre») que se mantuvo hasta la muerte del Nobel. La amistad con este maestro y protector de jóvenes poetas españoles de la segunda mitad del siglo XX se extiende a poetas y críticos del entorno de la casa de Velintonia 3, coincidiendo varias generaciones: Carlos Bousoño, José Luis Cano, José Olivio Jiménez, Francisco Brines, Paco Nieva... son los primeros condiscípulos y amigos de Claudio; se irán incorporando otros poetas: Blas de Otero, José Hierro, José Ángel Valente, Dionisio Cañas, Rafael Morales, Ángel González, José Manuel Caballero Bonald, Pablo García Baena, Carlos Sahagún, Joaquín Benito Lucas, Concha Lagos, Ignacio Aldecoa, Gil de Biedma Jesús, Antonio Gamoneda y otros más jóvenes Antonio Colinas, Luis Alberto de Cuenca, Pere Gimferrer, Jaime Siles, Gustavo Martín Garzo o José Miguel Ullán.

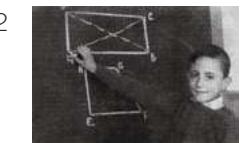
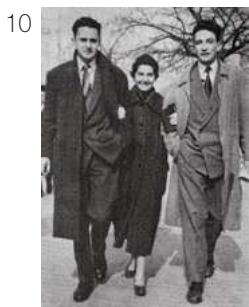
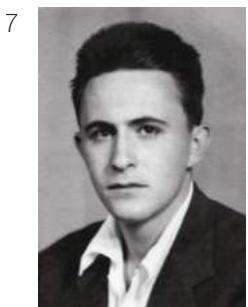
Carlos Bousoño será el poeta y crítico con quien más cercanía personal va a mantener. Claudio. En 1959, publica una crítica de su obra en la revista *Cuadernos del Ágora*: “Ante una promoción nueva de poetas”. Fue el primer crítico que sistematizó el pensamiento de Claudio en su prólogo de *Poesía 1953-1966* (Plaza y Janés, 1971), que contiene sus tres primeros libros. A principios de los sesenta, José

Olivio Jiménez publica un estudio crítico de *Alianza y condena*. Claudio mantendrá con Bousoño y Jiménez su amistad hasta el final. Ambos comprendieron el alcance poderoso de esta obra de apariencia realista, pero, de una sostenida e irrebatible capacidad de trascendencia. Posteriormente, a mediados los años setenta, los estudios críticos sobre su obra crecieron sin tregua.





Índice de fotografías



12.- Claudio Rodríguez y Clara Miranda en los caballitos. (Madrid, 1955). Pág. 15

13.- Congreso de Poesía en Segovia. Entre los participantes están: Vicente Aleixandre, Luis Rosales, Dionisio Ridruejo, Camilo José Cela, José Luis Cano, Concha Lagos, José Manuel Caballero Bonald, Fernando Quiñones y el joven Claudio Rodríguez. (1962). Pág. 16

1.- Casa Peña.
Vivienda familiar de
Claudio Rodríguez en
Zamora. Pág. 3

2.- Claudio ("Cayin")
en la escuela de
Don Manuel Vega
aprende a jugar
con la geometría
(Zamora, 1944).
Pág. 5

3.- Instituto Claudio
Moyano, (Zamora,
1944). Pág. 6

4.- Claudio
Rodríguez, interior
izquierdo del equipo
de fútbol IES Claudio
Moyano. (Zamora,
1944). Pág. 6

5.- Claudio
Rodríguez (1950).
Pág. 7

6.- Claudio
Rodríguez mirando
al Duero (Zamora).
Pág. 10

7.- Claudio
Rodríguez (1953).
Pág. 10

8.- Antonio González,
Claudio Rodríguez,
Antonio Pedrero,
Ramón Abrantes y
Alberto de la Torre
(Taller de Venancio
Blanco, 1954). Pág. 11

9.- Claudio y Clara
en Zarauz, días antes
de la boda (1959).
Pág. 13



14.- Joaquín Pacheco y Claudio Rodríguez, (Madrid, 1957). Pág. 17

15.- Claudio Rodríguez en Madrid (1958). Pág. 21

16.- Casa de Clara y Claudio y cobijo de Paco Brines. (Cambridge, 1960-1964). Pág. 22



17.- Clara y Claudio en su casa de Cambridge (1960). Pág. 22

18.- Claudio Rodríguez. (Cambridge, 1962). Pág. 23

19.- Deddy (D.K.), Clara Miranda y Paco Brines. (Cambridge, 1963). Pág. 23



20.- Clara Miranda y Claudio Rodríguez. (Ferias, Madrid, 1961). Pág. 23

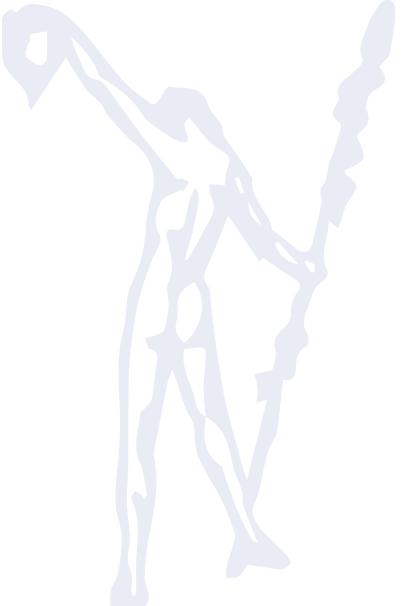
21.-Clara Miranda, Claudio Rodríguez y José Antonio Hormaechea. Cambridge, 1964) Pág. 23

22.- Clara Miranda y Claudio Rodríguez en San Sebastián, rumbo a Inglaterra (1963). Pág. 24



23.- Casa Velintonia. Vivienda de Vicente Aleixandre (Madrid). Pág. 25

24.- Medardo Fraile, Claudio Rodríguez, Carlos Bousoño, Pepe Hierro, Vicente Aleixandre y Concha Lagos. Casa Velintonia. (Madrid, 1956). Pág. 26



BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO

SALA DE EXPOSICIONES. Plaza de Claudio Moyano, Zamora

Lunes a viernes: 10:00 a 14:00 h | 16:30 a 21:00 h.
Sábados: 9:00 a 14:00 h. / Domingos y festivos, cerrado.

*24 de octubre >
14 de diciembre 2025*

ORGANIZA



SEMINARIO PERMANENTE

PATROCINAN

